

Jane Huxley

Noche de verano, luna de invierno

Traducido del inglés por Juan Carlos Mirre

Alianza Editorial

Título original: *Summer Night, Winter Moon*

Esta obra ha sido publicada por acuerdo
con Delancey Press Ltd.

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

© Jane Huxley, 2008
© de la traducción: Juan Carlos Mirre Gavalda, 2009
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2010
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; telef. 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-206-6884-0
Depósito legal: M. 22.075-2010
Composición: Grupo Anaya
Impreso en Fernandez Ciudad, S. L..
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Uno. 21 de junio de 2005
13	Dos. 19 de junio de 2005
19	Tres. 18 de junio de 2005
29	Cuatro. 17 de junio de 2005
35	Cinco. 16 de junio de 2005
39	Seis. 16 de junio de 2005
47	Siete. 16 de junio de 2005
55	Ocho. 15 de junio de 2005
63	Nueve. 15 de junio de 2005
73	Diez. 14 de junio de 2005
77	Once. 14 de junio de 2005
87	Doce. 11 de junio de 2005
95	Trece. 9 de junio de 2005
103	Catorce. 8 de junio de 2005
107	Quince. 8 de junio de 2005
113	Dieciséis. 6 de junio de 2005
119	Diecisiete. 12 de mayo de 2005
125	Dieciocho. 8 de mayo de 2005
131	Diecinueve. 27 de abril de 2005
135	Veinte. 27 de abril de 2005

- 141 Veintiuno. 2 de abril de 2005
149 Veintidós. 10 de febrero de 2005
153 Veintitrés. 12 de enero de 2005
157 Veinticuatro. 7 de enero de 2005
163 Veinticinco. 6 de enero de 2005
169 Veintiséis. 6 de enero de 2005
173 Veintisiete. 28 de diciembre de 2004
183 Veintiocho. 12 de septiembre de 2004
189 Veintinueve. 8 de septiembre de 2004
195 Treinta. 7 de septiembre de 2004
199 Treinta y uno. 6 de septiembre de 2004
207 Treinta y dos. 8 de julio de 2004
217 Epílogo. 21 de junio de 2005

Uno

21 de junio de 2005

En las calurosas tardes de verano no es inusual reconocer, desde la ventana de nuestra habitación, un Jaguar o un Rolls Royce Corniche aparcado frente a mi portal en Chester Crescent. Lo que más me impactó, por inusitado, fue el coche que acababa de estacionar: un sedán negro típico de un sepulturero. O de un amante clandestino. O de un poli.

Dado que no estaba esperando ninguna visita en esa tarde de un martes corriente, la presencia del extraño coche ante mi puerta resultaba una incontestable fuente de ansiedad, empeorada por el hecho de que al abrirse sus puertas surgieron dos hombres de su interior, vistiendo unos trajes vulgares que no engañaban a nadie. Menos todavía a alguien con la conciencia alterada.

Bajo el resplandor rojizo del crepúsculo, pude ver que uno de los hombres levantaba la cabeza y miraba

hacia la fachada de las residencias que trazan una amplia curva a lo largo de la calle. ¡Dios mío, nada menos que el mismísimo inspector Fielding!, con esos ojos viperinos apuntando velozmente, como temiendo que su presa se escapase.

Lo había olvidado, de ese modo en que las personas olvidamos lo que no deseamos recordar. Pero me estaba dando un amplio margen de tiempo para reconocerlo. Alto, cabeza estrecha y gestos bruscos, todo formaba parte del arte de intimidar a los sospechosos.

Caminó hasta situarse bajo la farola y charló con su socio, cuya recia silueta reconocí como la del sargento Dale. Más bajo, más rollizo. Más reticente. Menos alerta.

Ambos comprobaron sus relojes y luego centraron su atención en mi casa. La puerta negra, las ventanas de arriba, el pequeño jardín delante. Contra toda lógica, quería quedarme pegado a la ventana, que habría revelado la silueta de mi cabeza si no hubiese apagado las luces del interior.

El timbre sonó dos minutos más tarde.

¿Qué son dos minutos en la vida de un hombre de treinta y seis años? El maldito fluir de toda una vida, si cuando miras por tu ventana recibes un relámpago interior que te revela que estás a punto de ser crucificado por un hecho atroz. Puedes dejarles que te esponen y te arrojen a ese pantano situado entre ningún si-

tio y ninguna parte. O puedes armarte de valor y escaparte rápidamente. Sólo es cuestión de elegir.

Entonces me dije: «Ahora escúchame, idiota. A quién le importa que esos detectives de ahí fuera se huelan un ápice de culpabilidad en un hombre que escapa. Lo que a ellos les podría parecer un fugitivo no es más que un disciplinado deportista que se entrena entre los transeúntes».

Pero tenía dos preocupaciones: dinero y documentos, sin los cuales hoy en día un tipo normal y corriente no puede cruzar fronteras. Sería poco inteligente pasar por la galería y coger lo que hubiese guardado en la caja de seguridad. Entonces abrí la caja fuerte camuflada detrás del pequeño Matisse en la pared del dormitorio, saqué varios fajos de libras intactas y crujientes y mi pasaporte. Lo metí todo en el bolsillo interior de mi chaqueta.

Pero no era suficiente. Debía coger algo de ella. Algo que pudiese llevarme al sitio donde acabaría. ¡Sí, su pañuelo! El pequeño pañuelo blanco con una *A* bordada en una esquina y su perenne aroma a limón.

Mientras lo cogía de su armario, el espejo de la cómoda reflejó una extraordinaria imagen de mí mismo. El abundante pelo rubio desordenado y crespo. La frente brillante de sudor. Los ojos grises, normalmente chispeantes, pero ahora desorbitados y enrojecidos. Un lado de mi boca caído en una sonrisa afectada. Mis